

También me despido de tí, Manuel mío. Cuida á mi venerado padre, abraza á Melchor, y saluda á Joaquín y á todos los de casa. Dios guarde la vida de todos ustedes, como se lo ruego humildemente.



CARTA VI.

Antonio á Manuel.

San Lázaro, 22 de Febrero de 1824.

Manuel mío queridísimo. El desventurado Regino está hoy mucho más abatido que nunca, después de un espectáculo que á mí me consternó vivísimamente; pero que á él le causó un pavor, que no puedo explicarte. El caso no era para menos. Figúrate que hemos visto morir á un lazareno, que hacía nueve años que estaba encerrado en esta casa, olvidado de sus parientes y amigos, según he sabido después. Esto es muy cruel; pero el pobre ha descansado, saliendo de esta vida miserable; y su alma, purificada en el crisol de la paciencia y la resignación, ha volado al seno de Dios, á recibir su recompensa.

Hace cinco noches, que me hallaba recogido ya, cuando Regino llamó muy quedo á la puerta de mi aposento. Abríle, algo sorprendido, y preguntéle qué novedad ocurría.

—Pues qué, ¿no oye usted?

—¿Qué amigo? yo no oigo cosa alguna.

—Fíjese usted más el oído, por Dios.

En efecto: una voz muy remisa y melancólica, pero tierna y patética, se mezclaba con algunos gemidos ahogados. No comprendía yo lo que esto podía ser. Tomóme Regino de la mano, y, paso entre paso, nos fuimos acercando hasta la entrada de un cuarto escasamente alumbrado, que se veía al extremo de la obscura galería. Allí quedamos clavados sin poder avanzar, ni retroceder, porque el suceso que pasaba á nuestra vista, nos heló de espanto. Regino temblaba, le crugían los dientes, y bañaba su frente un sudor glacial: yo no podía ni respirar, porque me sentía como agobiado bajo el influjo de una pesadilla. El interior de aquel cuarto misterioso, que creía inhabitado, porque antes no había visto que sus puertas se abriesen, era lúgubre y funesto. Sobre una mesa, chisporroteaba una lámpara mortecina. En el lado opuesto, había un catre, y sobre él yacía tendida una figura, que parecía humana, no por ninguna de sus formas, sino por los gemidos que exhalaba. A la cabecera, estaba

arrodillado el capellán con un pequeño Crucifijo en una mano, y sosteniendo con la otra la cabeza del moribundo. Su boca, pegada casi á la del agonizante, murmuraba las consolatorias palabras, que usa nuestra madre la Iglesia, para recomendar el alma de los fieles, en el tránsito de este al otro mundo. Al lado de la cama, con una vela bendita entre las manos, otro lazarino, que hacía el oficio de enfermero, estaba en pie, y con la vista clavada sobre el paciente. Conforme iba disminuyendo el estertor de la muerte, el capellán alzaba más la voz; pero de manera, que no se oyese á alguna distancia, sin duda para no alarmar á los habitantes de la casa. Después de algunos minutos, cesó la oración del capellán: dejó caer suavemente la cabeza, que sostenía, sobre las almohadas: se incorporó, y recitó en voz baja el "Ne recorderis," concluyendo con el "Requiescat in pace." En seguida se enjugó los ojos, cubrió el cadáver con una sábana, despidió al enfermero encargándole que avisase al administrador, se sentó en un sillón, y comenzó á rezar el oficio de los difuntos.

Pasó el enfermero, sin notar nuestra presencia; pero nos retiramos al momento, compungidos y horrorizados. Llegamos á mi aposento, del cual no quiso separarse Regino. Desde allí observamos exactamente todo lo que ocurría. Cuatro

mozos llevaron un ataúd, caminando con el mayor silencio. El capellán colocó el cadáver en el féretro, que volvieron á cargar los mozos; y con el mismo silencio, mientras el capellán seguía su rezo funeral, se abrió la puerta del edificio, y desapareció la comitiva, con dirección al cementerio, en donde iba á terminar aquel drama nocturno. Á las cuatro de la mañana estaban ya de vuelta. El entierro se había verificado, y cuando, á las seis, comenzó el movimiento ordinario de la casa, todos parecían ignorar lo ocurrido en la noche anterior. El capellán mismo se nos presentó, con el semblante amable y risueño, de todos los días. Pero hemos visto la muerte de un lazarinero; y no debes extrañar nuestra turbación y espanto. Regino es, sin embargo, el que más padece, y aun no se ha conseguido licencia, á fin de que salga á distraerse por estas cercanías. Sus conatos de fuga el día que entró aquí, han engendrado cierta preocupación contra él: ¡cómo si mereciese castigo un rasgo semejante, en aquella circunstancia! El doctor Frutos, que se interesa mucho por este mi compañero de desgracia, me ha ofrecido hacer en su obsequio todo lo posible.

Vas á sorprenderte, sin duda, al escuchar el siguiente relato, sobre algunas cosas, que debían considerarse como ajenas de mi situación. Pero ¿qué quieres? Co-

mo si nuestro aislamiento, en este hospital, sólo sirviese para privarnos de todos los beneficios de la sociedad, y no para librarnos igualmente de sus males, también el rumor de los sucesos políticos del país, ha venido á turbar nuestro sosiego y soledad. Antenoche, en efecto, el estrépito de las campanas de la población, que tocaban arrebató: el sordo murmurio que forman muchas gentes que se reúnen; y el tránsito para Lerma de varios dragones, me hicieron sospechar, que algo de extraordinario ocurría en la ciudad. Fácil me habría sido enterarme de los sucesos que pasaban, si los de Agosto de 1814, que tengo bien impresos en la memoria, y los del 3 de Octubre de 1820, no me hubiesen inspirado una decidida aversión á semejante clase de negocios. Por otra parte: un pobre lazarinero, para quien no hay, ni puede haber, un porvenir político: que no tiene derechos que ejercer, funciones públicas que llenar, ni obligaciones sociales que cumplir: que carece de medios para impedir el mal y de recursos para afianzar el bien de su patria: que no tiene voz ni voto, en fin; ¿qué parte puede tomar en semejantes sucesos? ¿Qué puede influir su opinión en las deliberaciones públicas? ¿Ni qué interés puede tener, sino el especulativo de apetecer lo mejor para sus semejantes, en estas y las otras preten-

siones? Por lo mismo, guardé silencio, é hice firme propósito, después de haberme entregado á mil reflexiones diversas, de no preguntar cosa alguna, acerca de lo que pasaba. Pero esto no me valió, y tuve el disgusto de saber que nuevas desavenencias iban á dividir el país, demasiado trabajado por las convulsiones de la época. Me lo dije muchas veces. "Cuando el Faro de Iguala se apague, ya ningún piloto alcanzará el puerto." Soy un proscrito: no tengo derecho de hablar; pero, ¿quién puede impedirme creer que el soldado ilustre, que hoy está desterrado en Italia, es el único capaz de librar á la nación de un funesto escollo? Sí, él volverá: adornará sus sienas, no con esa funesta corona, indigna de un caudillo de la libertad, sino con la de oro y laurel, que la patria destina á los héroes. Disimula, Manuel mío; pero yo he erigido á Iturbide un altar en mi corazón, y en él le tributo un culto. Yo sé que Dios aprueba mis sentimientos; porque sólo Dios inspira á los hombres magnánimos, é Iturbide es el fundador de la independencia nacional.

Pues me cercioré de lo ocurrido, de una manera singular. Hallábame ayer, por la tarde, recostado al pie de un ceibo frondoso, en la entrada del camino que de la playa sigue á la hacienda "Buena-vista," disfrutando de una brisa suave y

ligera, que rizaba apenas la superficie del mar, y de la deliciosa vista que se presenta desde aquel sitio risueño y pintoresco; cuando hé aquí que un hombre, á quien no conocí de pronto, se me puso por delante.

—¡Ola, mi amigo! me gritó. Me alegro de verlo tan bueno. ¿Por qué no ha vuelto por aquellos andurriales, una vez que es tan aficionado á los muertos? ¡Vaya un gusto extraño!

—Bueno, ó doliente, siempre estoy para servirle, señor sepulturero; (que era él). Yo no he vuelto á los términos de su jurisdicción, temeroso de encontrarme con algún entierro, en que viniese de acompañante aquel señor procurador, que nos tiene una ojeriza atroz, por las razones que usted presume. Sin embargo, yo he hecho intención de ir, un día de éstos, á hacer á usted y á su establecimiento, una corta visita.

—Sí, sí: ¿y por qué no? Somos ya conocidos, me parece y conocidos de confianza; y déjese de rencores por la ocurrencia de marras, que yo no soy ningún mal hombre, como lo parezco por este estrambótico perjeño. Mal pasaje, por cierto, habría usted tenido con el susodicho procurador, que, á poco rato, como me lo presumí, vino en la comitiva. ¡Qué cara de vinagre!

—¡Mala cara, eh!

—Malísima. Suponga usted que todo lo quiere aplicar al ramo de policía, venga ó no venga á cuento; y para ello arruga la frente, cierra los puños, y amenaza al primero que se figura haber quebrantado algún artículo del bando de buen gobierno, aunque la infracción sólo exista en su caletre.

—Cumple con su deber, procurando averiguar lo cierto.

—Según y conforme: ni es razón que haga cargos á quien no debe. V. g.: el día del entierro consabido, me molió la paciencia á reclamos é interpelaciones.—Señor sepulturero: estas murallas están muy bajas.—Dígaselo usted al mayordomo de fábrica.—Señor sepulturero: este cementerio está mal situado.—Traslado al ayuntamiento, del cual es usted miembro.—Señor sepulturero: es una picardía que aquí no haya un capellán.—Entiéndase usted con el vicario.—Señor sepulturero: este sitio está cuajado de piedras.—Yo no soy bombeador.—Señor sepulturero: aquí no hay una capilla, un árbol, ni un arbusto: este es un cementerio indigno de una población culta, como Campeche.—Señor Procurador, por la sangre de Cristo: dígame usted que las sepulturas no están suficientemente profundas, y la tierra que las cubre bien pisoneada, y contestaré á los cargos. Los que usted

me hace ahora, más bien creo que deben dirigirse á usted.

—Muy bien dicho.

—Por supuesto, que muy bien dicho.

Uno, viendo su fervor, le propuso una visita á San Lázaro, ya que se hallaban tan cerca. El hombre se puso pálido, y con no sé qué pretexto, cambió de conversación. ¿Quería usted, pues, que ese caballero le mandase lanzar del campo santo?

—No hablemos más de eso, amigo mío: yo no conservo ningún resentimiento por lo pasado. Al contrario: le estoy muy reconocido, porque me ha librado de una humillación inmerecida.

—¡Bravo! Así me gustan las gentes: razonables. Con que, tan amigos como siempre, y pelillos á la mar.

Y sin mayor ceremonia, tomó mi capa, que pendía de una rama, la plegó en muchos dobleces, y colocándola junto á mí, se sentó buenamente sobre ella. Echó mano, en seguida, de una pipa, que sacó de un pequeño zurrón de gamuza, puso en ella algunos pedazos de tabaco nada aromático, hizo lumbre, y comenzó á fumar con un placer envidiable, envolviéndome en una nube de humo, tan densa como pestilente. Lejos de incomodarme con semejante muestra de confianza, que, en cualquiera otra circunstancia no me ha-

bría sido muy lisonjera, procuré, al contrario, estimular al buen sepulturero á que prolongase su plática, y acabase por hacérseme amigo. Era que yo, pobre lazarinero, encontraba un hombre que no temía la malignidad de mi dolencia.

—A lo que veo, le dije después de un rato de silencio, usted no tendrá hoy algún muerto á quien decir “séate ligera la tierra.”

—Si acaso lo hay, será de medio pelo. Yo soy sepulturero mayor, y no entierro sino á los señores de copete; digo, cuando buenamente se mueren. Y si no, ¿qué se entiende por sepulturero mayor?

—Es verdad: yo no había caído en ello. Sin embargo, creo que usted habrá comenzado su carrera por subalterno, si es que siempre ha ejercido semejante profesión.

—Mire usted señor... señor... ¿cómo es su gracia de usted?; y perdone la pregunta.

—Antonio.

—Gracias. Pues mire usted, señor Antonio: en mi actual carrera, como ya empieza á suceder en todas las demás, he sentada plaza de jefe, sin pasar por los grados subalternos. Verdad es que esa mi actual carrera, es carrera de cojos é inválidos; pero, hablando en plata, sólo se han premiado, medianamente, mis antiguos servicios.

—¡Grandes servicios! ¿No es esto?

—Grandes ó pequeños, yo he dicho simplemente servicios, sin calificar su peso, número ó medida; y si he dicho que son antiguos, esto no significa que sean grandes. Basta ser un poco viejo, y ya ve usted que sesenta y un años, que cumpliré el día de S. Germán, que es á 28 de Mayo....

—Con que usted, mi buen amigo, se llama Germán.

—En todo el barrio me llaman “Nuestro amo Germán,” porque antes fui yo contra-maestre, que enterrador de muertos. Así es que, si usted gusta... “Nuestro amo Germán,” ¡Rarísima vez entiendo yo por Germán á secas!

—Bien, nuestro amo Germán, muy bien; pero, ¿por qué dejó usted su ejercicio de mar? ¿Sufrió usted alguna desgracia, mi viejo amigo?

—¡Cáspita! ¿Pues quería usted, criatura de Dios, que toda la vida me estuviese columpiando en un mal pailebot, después de tantos fracasos en la marina real? Además, toda mi gente de tierra había pasado por ojo, sin que me quedase ni siquiera la buena Gaspara, para arrancar las manchas de alquitrán de mi pobre chamarra.

—¿Qué dice usted, nuestro amo!

—Sí, amigo; en año y medio murieron mi pobre mujer y mis cuatro hijos.

Separó su pipa el infeliz anciano, con la mano izquierda, y con el reverso de la derecha se enjugó dos gruesas lágrimas, que asomaron á sus ojos. Aquel ademán me conmovió profundamente.

—¿Y ha quedado usted solo en el mundo, nuestro pobre amo Germán?; continúe yo.

—Lo que es solo, no. Es verdad que yo no tengo aquí pariente alguno, pues soy valenciano, para servir á usted; pero el buen barrio de San Román me ampara, y me protege, ahora que voy quedando ya inútil. Los viejos me miran como á un hermano, y los mozos como á su padre. Toda es gente franca, leal y generosa. ¡Dios se los pague!

—Pues bien, nuestro amo Germán: deseo, sí, quiero, con toda mi alma, que usted me aliste entre esas gentes honradas y generosas, que le tratan como á su padre.

El anciano me miró fijamente.

—Sí, nuestro amo Germán: no sabe usted cuánto le agradecería, el que me considerase, en lo sucesivo, como uno de sus hijos.

—¡Oh Dios mío!, exclamó, incorporándose, y cruzando ambos brazos sobre el pecho. Permitiste que aquel desgraciado se extraviase, lanzándose en una carrera tan vil, como peligrosa: me has arrancado á mi esposa, y á mis cuatro hijos;

pero en recompensa, me prodigas consuelos por todas partes. ¡Oh Dios mío! Bendito sea tu santo nombre.

Y dejándose caer de rodillas, sollozó amargamente. Me pareció aquella actitud tan solemne, en semejante circunstancia, que mi corazón se estremeció, como con cierta especie de pavor religioso. También me arrodillé con respeto, lloré con ternura, y oré en unión de aquel anciano desvalido.

Pasados algunos instantes, nos sentamos de nuevo, y me estrechó la mano amistosamente. Serenóse su semblante, y recobró su ordinaria expresión de jovialidad y franqueza.

—Usted puede creer, señor Antonio, me dijo después, cuánto favor le debo por su benevolencia y afecto. Gracias, también, amigo mío, gracias. Puede ser que, algún día, le muestre, con obras, todo lo que yo agradezco esas palabras de consuelo generoso en favor de un hombre, que, tal vez, le ha tratado inmerecidamente.

—¡Oh, no, nuestro amo Germán, no! Soy yo quien debe agradecerle su extremada bondad, en acoger, en su afecto, á un pobre lazario, que la sociedad ha proscrito.

—¿No conoce usted, mi querido Antonio, que esas palabras no convienen ni á usted, ni á mí, en una ocasión como la presente? Cuando todos huyesen de us-

ted, y le abandonasen, yo, mientras viva, seré su amigo, su compañero y su humilde servidor, aunque me encuentre viejo é inútil. Aquí está mi mano y mi palabra, que siempre ha sido palabra de hombre honrado.

Apretéle la mano. El y yo volvimos á quedar pensativos. Desde ese momento, comencé á amar á mi viejo sepulturero, con toda cordialidad y afecto. No puedes figurarte, Manuel mío, la emoción que experimenta un leproso infeliz, cuando encuentra simpatías en un ser sensible, á quien su situación no inspira ese horror natural, que debe producir, y produce generalmente, á todos los que se le acercan.

La noche comenzaba á cerrar, y me levanté para volver al hospital.

—Vamos, me dijo el sepulturero: yo le acompañaré hasta la puerta.

Y echamos á andar. En el camino, contestando á varias preguntas que yo le hacía, con interés, me dijo que lo pasaba holgadamente, y que de ninguna comodidad carecía, porque sus necesidades eran cortísimas.

—Sin embargo de que soy español, prosiguió, he dicho á usted que estoy muy querido en todo el barrio de San Román, y, mientras viva, nada me hará falta. Aunque me quitaran mi oficio miserable de sepulturero, así como despojaron de sus

destinos á todos los empleados españoles el día 15....

—¡ Ah, ah!

Viendo, por mi exclamación, que yo ignoraba el suceso á que había aludido, el buen anciano me refirió, con todos sus pormenores, los acaecimientos del día 15 de este mes, y los de la noche del 20, que tanto me habían hecho cavilar, sin atreverme á hacer pregunta alguna á los que podían informarme. Así supe que todos los empleados españoles, habían sido de puestos: que se había pedido la declaración formal de la guerra á España, cuya medida habían diferido las autoridades superiores de la capital: que el comandante de las armas había venido, casi solo, desde Mérida, á intervenir en aquel suceso, procurando cortarlo: que en Campeche había sido mal recibido; y que, con motivo de su presencia, había estallado en la plaza le conmoción del día 20 por la noche, que terminó con la salida de ese jefe, quien se retiró muy indignado, y resuelto á emplear las armas, para cortar el progreso del movimiento del día 15.

Sensible es este modo de pedir las cosas.... ¡ Olvidábame que soy un lazareto, que estoy muerto civilmente, y que mi opinión no vale para cosa alguna!

Me despedí de mi nuevo amigo, y entré en mi albergue á meditar en los incidentes de la tarde. Ese pobre y honrado se-